



La democracia no se come

por Javier Díaz-Albertini

A lo largo de los años, el Perú en particular y el continente americano en general han pasado por épocas convulsas respecto a sus regímenes democráticos, ¿cómo ha evolucionado, entonces, una sentencia como la del titular?

Se le atribuye a Manuel Odría la frase que titula este artículo. Era una clara justificación de lo que pretendía su gobierno autoritario que inició el populismo moderno en nuestra política. Para el general golpista, en una sociedad de necesidades básicas insatisfechas, lo que la población quiere (y requiere) es ayuda concreta y tangible. Ante la apremiante realidad que enfrentan, la democracia no es más que un discurso vacío, una ideología fútil o un privilegio reservado para las sociedades desarrolla-

das. Bajo esta interpretación, es una forma de gobierno prescindible que debe esperar a que las grandes mayorías alcancen un nivel de vida decoroso para que realmente pueda ser apreciada.

Con el tiempo, esta apreciación fue cayendo en descrédito en Latinoamérica debido a la creciente demanda de los sectores populares —cada vez más informados y educados— que veían a la democracia como un mecanismo esencial para superar la pobreza y la margi-

nación. En las mismas ciencias sociales, por ejemplo, la “teoría de la modernización” —que justo nace en los años en que gobernaba Odría— consideraba que la democracia era una consecuencia casi natural de los procesos impulsados por el crecimiento económico, la industrialización y la urbanización. Por otro lado, unos años después, en los sesenta, hubo una creciente demanda por “democratizar a la democracia” sea en la lucha por la posesión de tierras en los Andes peruanos, por los derechos civiles en el sur de EE.UU., en las barricadas de París en 1968 o los movimientos pacifistas a nivel internacional que surgen como respuesta a la guerra en Vietnam.

Una de las razones detrás del atractivo de la democracia es que durante el siglo XX se había transformado en una promotora del llamado “Estado de bienestar”. Como bien indicó T. H. Marshall en 1949, recién con el avance de los derechos sociales —especialmente el acceso a la educación y salud— se logra una equidad básica entre los ciudadanos porque obliga a toda sociedad a garantizar niveles de vida decentes para todos. En el fondo, es lo que permite que el capitalismo pueda convivir con la democracia. Asimismo, para financiar los crecientes servicios estatales, se necesitaba aumentar el impuesto a la renta con un

carácter progresista (mayor ingreso, mayor tasa), generando un subsidio cruzado y una solidaridad ciudadana sobreentendida en base a la redistribución. La ampliación de estos derechos para incluir aspectos como el empleo, la vivienda, la identidad étnica y la orientación sexual, por mencionar algunos, era una muestra clara de que el Estado democrático efectivamente no solo daba de comer, sino también mejoraba la calidad de vida.

Para finales de los años 70, el Estado de bienestar entra en crisis, abriendo el camino para propuestas políticas y económicas denominadas “neoliberales”. Primero con Margaret

Thatcher en Inglaterra y luego con Ronald Reagan en Estados Unidos, se da un viraje hacia políticas agresivas de libre mercado y la consecuente reducción del poder y tamaño del Estado. Tan enfático fue el mensaje que Thatcher utilizó el lema “There is no alternative” (“No hay alternativa”) para dejar muy en claro que solo había un camino. La receta neoliberal se expandió impuesta a buena parte del mundo por agencias multilaterales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. El fin de la Guerra Fría reforzó esta idea de inevitabilidad gracias a la victoria del bloque capitalista.

Es justo la pretensión de que no hay alternativa lo que representa un grave peligro para la democracia. Como he remarcado en otra oportunidad, en una entrevista de 1981, el gurú del neoliberalismo Friedrich Hayek dijo “...mi preferencia personal se inclina a una dictadura liberal y no a un gobierno democrático donde todo liberalismo esté ausente”. El mensaje no puede ser más claro: el gobierno democrático es útil solo si fomenta políticas neoliberales. Si no llega a hacerlo, entonces es prescindible porque no crea las condiciones propicias para el desarrollo de las fuerzas del mercado basado en la acumulación de unos pocos. En el fondo es una re-



significación de la idea de que “La democracia no se come”. El mercado es lo que da de comer y no es conveniente que el “ruido político” que producen los pedidos ciudadanos de mayor redistribución, más impuestos progresivos, salarios mínimos, protección del medio ambiente, regulación de servicios, pensiones justas, educación y salud de calidad, socave el crecimiento económico.

La creciente privatización de

los servicios considerados públicos (educación, salud, seguridad social) para que sean más “eficientes” va dejando de lado algunos de los principios básicos democráticos como son la igualdad ante la ley y la equidad de oportunidades para todos. Es así porque la cantidad y calidad de lo recibido dependen cada vez más de la capacidad económica y no de la condición ciudadana. Como hizo notar con claridad el cineasta Michael Moore en su documental Capitalismo, una histo-

ria de amor (2009), la misma élite económica empresarial ve con desdén el poder ciudadano. Hace referencia, por ejemplo, a un famoso memorándum interno del Citigroup enviado en el 2005 a sus principales clientes inversionistas, en el cual proclamaba que muchos países —como EE.UU. e Inglaterra— se habían convertido en “plutonomías”. Es decir, la concentración de ingresos es tal que el 20 % de la población adulta mueve a más de la mitad de la economía y el 1 % superior controla la mitad de toda la riqueza. [1]

Ese mismo memorándum, sin embargo, advertía que este festín “plutonómico” —por llamarlo de alguna forma— podría verse perturbado por el hecho de que la democracia se mueve bajo el principio de “una persona, un voto”. Puede ser que la elite económica controle la riqueza, pero no las elecciones o movilizaciones. Por el momento, esta vasta mayoría no está reaccionando —sigue diciendo el memorándum del Citigroup—, porque cree en el sueño de que algún día podrá ser millonario. Sin embargo, de igual manera, algún día puede despertarse, darse cuenta de la pesadilla y exigir una sociedad más igualitaria. Podemos considerar que muchas de las movilizaciones ciudadanas que presenciamos en la actualidad sean una muestra de este nuevo despertar.

[1] Aún es posible revisar los dos memorándums en Internet. Recomiendo los siguientes vínculos: <https://delong.typepad.com/plutonomy-1.pdf> y <https://delong.typepad.com/plutonomy-2.pdf>

